

momento á otro. Sea de esto lo que quiera, Yusuf aprobó como de costumbre el proyecto de su amigo, y despachó dos personas á Córdoba para que viniese este extraño refuerzo. Cerca de cuatrocientos ciudadanos se pusieron en camino, casi sin armas; algunos de ellos habian podido procurarse lanzas y espadas, y los geniferos se habian provisto de sus cuchillos; pero los demás solo tenian palos. Sin embargo, como los soldados de Ibn-Horasth estaban ya medio muertos de fatiga, esta improvisada milicia nacional, llegando al campo, decidió la suerte de la batalla, y los maáditas hicieron entonces gran número de prisioneros, entre los que se encontraba Abu-'l-Khattar.

Sabia este jefe la suerte que le esperaba, y no hizo ninguna tentativa para rehuirla, pero queria por lo menos que participase de ella el que se llamaba su aliado, Ibn-Horasth, el implacable enemigo de los sirios, que le habia despojado del emirato. Habiéndole visto ocultarse en un molino, indicó á los maáditas el lugar donde se habia agazapado, y cuando lo hizo prisionero y condenado á muerte, le dijo haciendo alusion á la frase sanguinaria que Ibn-Horasth tenia constantemente en los labios: «Hijo de la

«negra, queda en tu copa alguna gota?» A entrambos les cortaron la cabeza (747).

Los maáditas arrastraron los demás prisioneros hasta la Catedral de Córdoba, que estaba dedicada á S. Vicente. Allí Samail fué justamente su acusador, su juez y su verdugo; sabía hacer pronta y terrible justicia: cada sentencia que pronunciaba era una sentencia de muerte. Ya había hecho rodar la cabeza de setenta personas, cuando su aliado Abu-Ata, á quien esta escena horrible causaba mortal desagrado, exclamó levantándose: «Abu-Djauchan, envainad la espada.—Sentaos, Abu-Ata, le respondió Samail con feroz exaltacion: este dia es un dia glorioso para vos y para vuestra tribu.» Abu-Ata se sentó, y Samail continuó sus ejecuciones. Pero ya Abu-Ata no aguantó más. Helado de horror á la vista de aquellos torrentes de sangre, de la muerte de tantos desgraciados que eran yemenitas, pero yemenitas de la Siria, vió en Samail al enemigo de sus compatriotas, al descendiente de aquellos guerreros del Irac, que á las órdenes de Alí habian combatido á los sirios de Moawia en la batalla de Ciffin. Levantándose por segunda vez, le dijo: «Beduino, esta matanza es porque te acuerdas

«de la batalla de Ciffin? Cesa de matar ó «declaro, vive Dios, que la causa de tus vic- «timas es la de los míos.» Entonces, pero sólo entonces, Samail envainó su espada.

Después de la batalla de Secunda, la autoridad de Yusuf no fué ya contestada: pero no teniendo de gobernador más que el título, pues que Samail era el que gobernaba en realidad, acabó por enojarle, la posición subordinada á que el califa le había reducido, y queriendo desembarazarse de él, le ofreció una especie de virreinato, el gobierno de Zaragoza. Samail no rehusó la oferta y lo que más le decidió á aceptarla fué la consideración de que todo este país estaba habitado por yemenitas, á los que esperaba oprimir para satisfacer el odio que tenía contra ellos; pero las cosas tomaron un giro que no había previsto. Acompañado de sus clientes, de sus esclavos y de doscientos coreiscitas, llegó á Zaragoza en el año de 750, justamente cuando comenzaba España á verse desolada por un hambre que duró cinco años, tan grande, que se interrumpió el servicio de correos, porque casi todos los conductores murieron de necesidad (1) y

---

(1) «Akhbar madjmua» fól. 18 r.

que los berberes establecidos en el Norte, emigraron en masa para volverse al África. La vista de tantas miserias y sufrimientos escitó á tal punto la compasion del gobernador, que por uno de esos accesos de bondad, que parecian alternar en su carácter con la ferocidad más brutal, olvidó todos sus agravios, todos sus rencores, y sin distinguir entre amigos y enemigos, maáditas ni yemenitas, dió á este dinero, á aquel esclavos; pan á todo el mundo. Nadie podria reconocer en este hombre tan compasivo, tan caritativo, tan generoso, al carnicero que habia hecho rodar tantas cabezas sobre las lozas de la iglesia de S. Vicente.

JUN  
Dos ó tres años se pasaron asi, y sin una buena inteligencia entre caisitas y yemenitas, hubiera sido posible, si Samail hubiera podido reconciliarse con sus enemigos, á fuerza de beneficios, los árabes españoles hubieran gozado de paz, despues de tan sangrientas guerras. Pero hiciera lo que hiciera, no podía Samail hacerse perdonar sus despiadadas ejecuciones; se le creia siempre dispuesto á renovarlas cuando la ocasion se presentára, y el odio estaba demasiado arraigado en el corazon de los corifeos de ambos partidos, para que su aparente reconcili-

liacion fuese más que una corta tregua. Por otra parte, los yementitas, que se figuraban que España les pertenecía de derecho, pues constituian la mayoría de su poblacion árabe, no sufrían sino trinando de ira la dominacion de los caisitas, y estaban dispuestos á aprovechar la primera ocasion de reconquistar el poder.

Algunos jeques coreiscitas murmuraban tambien. Perteneciendo á una tribu que desde Mahoma era considerada como la más ilustre, véian con despecho á un fihirita, á un coreiscita del distrito, á quien consideraban muy inferior á ellos gobernar á España.

Era de preveer la coalicion de estos dos partidos, y no se hizo esperar mucho tiempo. Había entónces en Córdoba un señor coreiscita, ambicioso, llamado Amir, á quien Yusuf, que le odiaba, había quitado el mando del ejército, que de tiempo en tiempo iba á combatir á los cristianos del Norte. Ardiendo en deseos de vengarse de esta afrenta, y aspirando á la dignidad de Gobernador, Amir alimentaba el desígnio de esplotar en provecho suyo el descontento de los yementitas, y de ponerse á su cabeza haciéndoles creer que el Califa abasida, le ha-

hía nombrado gobernador de España. Comenzó, pues, por edificar una fortaleza en un terreno que poseía al Oeste de Córdoba, pensando cuando la tuviera acabada, atacar á Yusuf, lo que le sería fácil, pues que este no tenía á su disposición más que una guardia de cincuenta caballeros y aun cuando esta empresa se frustrara, tendría siempre el recurso de retirarse á la fortaleza, y esperar allí la llegada de los yemenitas, con quienes ya mantenía inteligencias. Yusuf, que no ignoraba los designios hostiles del coreiscita, trató de hacerle prender; pero viendo que Amir estaba prevenido, y no osando recurrir á una medida extrema, sin el dictámen de Samail, á quien consultaba en todo, á pesar de la distancia que lo separaba de la capital, le escribió preguntándole lo que debía hacer. Contéstale Samail instándole á que hiciera asesinar á Amir en seguida. Felizmente para él, este último fué avisado por un espía que tenía en la casa del gobernador, del peligro que le amenazaba, montó á caballo sin perder momento, y juzgando demasiado debilitados á los yemenitas de la Siria (a) despues de la batalla de Secunda, tomó el camino de Zaragoza, cierto de que los yemenitas del nordeste le pres-

farian su apoyo más eficaz.

Cuando llegó al distrito de Zaragoza, otro coreiscita llamado Hóbab (1) había levantado ya el estandarte de la rebelión. Propúsole Amir que reuniesen sus fuerzas contra Samail, y habiendo tenido ambos jeques una entrevista, resolvieron llamar á las armas á los yemenitas y berberiscos contra Yusuf y Samail, á quienes tachaban de usurpadores, diciendo que el Cálifa abasida había nombrado á Amir gobernador de España. Y respondiéndole en gran número los yemenitas y los berberes á este llamamiento, y habiendo batido las tropas que Samail había enviado contra ellos, fueron á sitiarse en Zaragoza (753-4.)

Después de haber pedido, en vano, socorro á Yusuf, reducido á tal impotencia que le fué imposible reunir tropas, Samail se dirigió á los caisitas que formaban parte de las divisiones de Kisnerina y de Damasco, establecidas en los territorios de Jaen y de Elvira, pintándoles el peligro en que se hallaba, y añadiéndoles que en último caso se contentaría con un pequeño refuerzo. Su petición encontró dificultades. Verdad es que

(1) Ó Habbab.

su amigo el kelbita Obaid, que era despues de él el jeque más poderoso de los caisitas, salió á recorrer el territorio habitado por las dos divisiones, advirtiéndole de camino á todos aquellos con quienes podía contar, que se armáran y aprestasen para marchar á Zaragoza; verdad es tambien que los kilab, los moharib, los solaim, los nazr y los hawazin, prometieron tomar parte en la empresa, pero los ghatafan, entónces sin jefe, porque Abu-Ata había muerto y no se le había dado sucesor aun, estaban indecisos y diferían de dia en dia su respuesta definitiva, y los Cab ibn-Amir con sus tres subtribus de Cochair, de Ocail y de Harech, descontentos de que la hegemonia que habían tenido cuando mandaba á todos los sirios de España Baldj el coreiscita, perteneciese ahora á los kilab, (porque tanto Samail como Obaid, pertenecian á esta tribu,) los cab ibn-Amir no deseaban nada menos en su mezquina envidia, que ver perecer á Samail falto de socorros. Apremiados por los Obaid, los ghatafan acabaron sin embargo por prometer su concurso, y entonces los cab ibn-Amir se digeron, que bien pensado era mejor ir con los demás. Comprendieron sin duda, que no haciéndolo así, se a'raerian la

general animadversión, sin conseguir su objeto, pues que Samail sería de todos modos socorrido, y podría muy bien pasarse sin ellos. Suministraron, pues, guerreros todas las tribus caisitas, pero en escaso número: el de los peones nos es desconocido; pero sabemos que el de los caballeros pasaba poco de trescientos sesenta. Viéndose tan débiles, comenzaban á desmoralizarse, cuando uno de ellos los sacó de sus vacilaciones con algunas palabras entusiastas: «No debemos, dijo en conclusion, abandonar á un jeque como Samail, aunque debiésemos perecer para salvarlo.» Los ánimos ántes tan dudosos, se reanimaron, y se emprendió la marcha hácia Toledo, despues de haber conferido el mando de la expedicion á Ibn-Chohal, el jefe de los Cab ibn-Amir, por consejo de Obaid que aunque podía pretender para sí esta dignidad, prefirió como amigo generoso y desinteresado, cederla al jefe de la tribu que se había mostrado más contrario á la empresa, esperando ligarle así sólidamente á la causa de Samail. Esta marcha tuvo lugar al principio del año 755.

En las orillas del Guadiana, los caisitas se encontraron á los becr ibc-Wail, y los Beni-Alí, tribus ambas que aunque nó cai-

sitas pertenecian tambien á la raza maadd. Habiéndolos comprometido á acompañarlos engrosaron su hueste con más de cuatrocientos ginetes. Asi reforzados, llegaron á Toledo, donde supieron que se apretaba el sitio con tal rigor, que Samail no tardaría en tener que rendirse. Temiendo haber llegado tarde, y queriendo prevenir á los sitiados de su llegada, los caisitas mandaron á uno de los suyos á Zaragoza, encargándole que se deslizara entre los sitiadores y lanzase por cima de las murallas un papel enrollado á una piedra, en el que se habian escrito estos dos versos:

«Sitiados, alegraos, porque os llega socorro y pronto tendrán que levantar el sitio. Ilustres guerreros, nizarotas vienen en vuestra ayuda sobre bien embridados potros de la casta de Awadj. (a)

El mensajero ejecutó diestramente la orden recibida. El billete fué recogido y llevado á Samail, que se lo hizo leer, y se apresuró á reanimar el valor de sus soldados, comunicándoles tan buena como importante noticia. Todo terminó sin tirar un tiro, bastando el rumor de que se aproxi-

maban los maáditas para hacer levantar el asedio, no queriendo los sitiadores esponerse á encontrarse entre dos fuegos: entraron, pues los caisitas con sus aliados en la ciudad, y Samail los recompensó generosamente por el servicio recibido.

Entre los auxiliares, habia treinta clientes de la familia de los Omeyas, que pertenecian á la division de Damasco, establecida en la provincia de Elvira. Los Omeyas (segun la costumbre arábiga, se daba este nombre lo mismo á los individuos de la familia que á sus clientes), los Omeyas se distinguian de antiguo por su aficion á la causa de los maáditas, en la batalla de Secunda habian combatido bravamente en las filas de Yusuf y Samail, y estos dos jefes los consideraban mucho, pero si estos treinta caballeros habian acompañado ahora á los caisitas que salieron en auxilio de Samail, no era tanto porque le considerasen como aliado, como porque tenian que hablarle de negocios y de intereses de la mayor importancia. Pero para poder comprender de lo que se trataba es preciso que volvamos cinco años atrás.

---

---

### XIII. (1)

Cuando en el año de 750, Meruan II último Califa de la casa de los Omeyyas halló la muerte en el Egipto, á donde habia ido á refugiarse, se desató una cruel persecucion contra su numerosa familia, que los Abasidas usurpadores del trono querian esterminar. Á un nieto del Califa Hixem, le cortaron un pié y una mano, y mutilado así lo pasearon montado en un burro por todas las ciudades y lugares de la Siria, acompañado de un heraldo que lo enseñaba como si fuese una fie-

---

(1) El Akhbar madjmua (fól. 69 r.-72 v. 77 r. 80 r.) me ha servido de fuente principal para esta narracion y la siguiente. Algunos detalles me ha suministrado Maccari, lib. VI.

ra, pregonando: Hé aquí á Aban, hijo de «Moavia, el que se apellidaba el caballero «más cumplido de los Omeyas!» Y duró este suplicio hasta que la muerte le puso término. Reusando la princesa Abda, hija de Hixen, revelar dónde había escondido sus tesoros, la dieron al punto de puñaladas.

Pero la persecucion fué tan violenta, que estuvo á punto de malograr su objeto. Muchos Omeyas consiguieron sustraerse á las persecuciones, y esconderse entre las tribus beduinas. Viendo los Abasidas que sus victimas se le escapaban, y que no podrian completar su obra sanguinaria, sino con la astucia y la traicion, repartieron una proclama de su Califa Abul-'l-Abbás, en la que confesando haberse escedido, prometía la amnistía á todos los Omeyas que vivieran aun. Mas de setenta cayeron en el lazo, y fueron muertos á golpes de barra.

Dos hermanos, nietos ambos del Califa Hixem, Yahya y Abderramen habian escapado de esta horrible matanza. Cuando se publicó la proclama del Califa abasida, Yahya dijo á su hermano: «Esperemos un poco: «si todo vá bien, siempre tendremos tiempo «de reunirnos al ejército de los abasidas que «se encuentra cerca de aqui, porque hasta

«ahora no tengo gran confianza en la amnistía que se nos ofrece: enviaré pues á su campo alguien que nos diga como traten á nuestros parientes.»

Después de la matanza, la persona que Yahya envió al campo, volvió apresuradamente á traerle la nueva fatal; pero este hombre era perseguido de cerca por los soldados, que habian recibido la orden de matar á Yahya y Abderramen, y ántes que el primero volviera del susto y pensara en los medios de fugarse, fué preso y degollado. Abderramen estaba de caza y esto lo salvó. Avisado por criados fieles de la triste suerte de su hermano, aprovechó la oscuridad de la noche para volver á su casa, les dijo á sus hermanas que iba á ponerse en salvo en otra casa que tenia en una aldea no lejos del Eufrates, encargándoles que se reunieran con él lo mas pronto posible, con su hermano y con su hijo.

Llegó sin novedad el jóven príncipe á la aldea, y no tardó en hallarse rodeado de toda su familia. No pensaba permanecer allí mucho tiempo, decidido como estaba á pasar al África; pero creyendo que sus enemigos no habian de descubrir fácilmente su retiro, esperaba un momento en que sin

mucho peligro, pudiera emprender este largo viaje.

Un día, Abderramen que padecía entonces una enfermedad en la vista, estaba acostado en una habitación oscura, cuando su hijo Soliman, que no tenía más que cuatro años, y que estaba jugando en la puerta de la calle, entró en su habitación, y asustado y llorando se echó contra su pecho. «Déjame niño, le dijo su padre, no sabes que estoy malo?» ¿Pero qué tienes? ¿Por qué ese miedo?» El niño ocultó de nuevo su cabeza en el seno de su padre, llorando y sollozando. «¿Qué tendrá? exclamó el príncipe levantándose, y abriendo la puerta vió á lo lejos los estandartes negros... El niño los había visto también, y se acordaba de que el día en que esos estandartes habían aparecido en la antigua casa de su padre había sido degollado su tío. Apenas tuvo tiempo Abderramen de poner algunas monedas de oro en su bolsillo, y de despedirse de sus hermanas: «Me voy, les dijo: enviadme á mi liberto Badr que me encontrará en tal lugar, y decidle que me lleve lo que necesite, si Dios quiere que consiga salvarme.»

Mientras que la caballería abasida, después de haber cercado el pueblo registraba

la casa que servía de refugio á la familia Omeya, sin encontrar más que dos mujeres y un niño, á quienes no hicieron ningun daño: Abderramen, acompañado de su hermano, de trece años de edad, fué á ocultarse á alguna distancia de la aldea, lo que no le fué difícil, porque el pais estaba muy cubierto de árboles. Cuando llegó Badr, los hermanos se pusieron en camino y llegaron á las orillas del Eufrates. El príncipe se dirigió á un hombre conocido, le dió dinero y le envió á comprar provisiones y caballos. Este se marchó acompañado de Badr, despues de haber prometido cumplir su encargo. Pero desgraciadamente un esclavo de este hombre, había oido todo lo que se acababa de decir. Esperando una considerable recompensa, partió el traidor á todo correr á delatar al caisita Abanda el sitio en que los fugitivos se ocultaban. De repente aterrizó á estos oír un galope de caballos. Apenas tuvieron tiempo de ocultarse en un jardín, pero ya los habian visto los jinetes, que comenzaron á cercar: un momento más y los dos hermanos hubieran sido degollados. No les quedaba mas partido que arrojar al Eufrates y tratar de pasarlo á nado. El río era muy ancho, la empresa peli-

grosa, pero en su desesperacion no dudaron intentarla, y se lanzaron precipitadamente al agua. «Volveos, le gritaban los jinetes que «veian escapárseles una presa que yá creian «tener en las manos: volveos que no se os «chará mal.» Abderramen que sabia lo que valian estas palabras, nadó más apriesa. Cuando hubo llegado á la mitad del rio, se detuvo un momento para gritar que se apresurase á su hermano que se había quedado atras. ¡Ay! el jóven peor nadador que Abderramen, había tenido miedo de ahogarse, y creyendo en las palabras de los soldados, volvía hácia la orilla. «Ven, ven conmigo, querido hermano, yo te lo ruego, no «creas en las promesas que te hacen,» gritaba Abderramen, pero en vano. «El otro «se nos escapa,» se digieron los soldados, y el más animoso de ellos iba yá á desnudarse para echarse al Eufrates, cuando la anchura del rio le hizo cambiar de opinion. Abderramen, no fué pues perseguido, pero desde la otra orilla tuvo la pena de ver como los bárbaros soldados cortaban á su hermano la cabeza.

En Palestina se le reunieron su fiel Badr, Selim, liberto de una de sus hermanas, que traia dinero y ropas. En seguida partió

con ellos para África, donde la autoridad de los abasidas no había sido reconocida y donde muchos Omeyas habían encontrado asilo. Llegó allí sin obstáculo, y si hubiese querido, hubiera encontrado tranquilidad y reposo; pero no era hombre capaz de resignarse á una existencia modesta y oscura. Sueños ambiciosos cruzaban sin cesar por su cabeza de veinte años. Alto, vigoroso, valiente, habiendo recibido una esmerada educación, y poseyendo talentos poco comunes, su instinto le decía que estaba llamado á brillantes destinos, y su espíritu aventurero y emprendedor se alimentaba con los recuerdos de su infancia, que desde que llevaba una vida pobre y errante, se despertaron con mayor vivacidad. Era creencia muy estendida entre los árabes, que cada uno llevaba escrito su sino en los rasgos de su fisonomía; Abderramen lo creía como todo el mundo, tanto más, cuanto que una predicción hecha por Moslema, el hermano de su abuelo, que tenía la reputación de hábil fisonomista, respondía á sus más ardientes deseos. Á la edad de diez años, muerto ya su padre Moawia, lo llevaron undia con sus hermanos á la Ruzafa. Era esta una soberbia posesión en el distrito de Kisnerina,

la residencia habitual del Califa Hixem. Estando estos dos niños á la puerta del palacio llegó Maslama, y deteniendo su caballo preguntó quiénes eran, «Son los hijos de Moawia,» le contestó su ayo. «Pobres huérfanos,» exclamó entónces Maslama, con los ojos llenos de lágrimas, y se los hizo presentar dos á dos. Abderramen pareció agradarle más que los otros. Habiéndo subido sobre el pomo de su silla, lo colmaba de caricias, cuando Hixem, saliendo de su palacio, preguntó á su hermano: «¿Quién es este niño? Es un hijo de Moawia, é inclinándose á su hermano le dijo al oido, pero bastante alto para que Abderramen pudiera oirlo: «El gran acontecimiento se aproxima y este niño será el hombre que sabeis. —Estais bien seguro?» preguntó Hixem.—Sí, os lo juro, replicó Maslama, hé reconocido los signos en «su rostro y en su cuello.

Recordaba tambien Abderramen que desde entónces su abuelo tuvo por él una gran predileccion, que muchas veces le enviaba regalos de que no participaban sus hermanos, y que le hacia ir á palacio todos los meses.

¿Qué significaban las misteriosas palabras pronunciadas por Maslama? Es lo que Ab-

derramen no sabía precisamente, pero en la época en que fueron dichas, se habían hecho muchas predicciones del mismo género. El poder de los Omeyas estaba ya muy quebrantado, y en su inquietud, estos príncipes supersticiosos, como todos los orientales lo son, poco más ó menos, abrumaban á preguntas á adivinos, astrólogos, fisonomistas, en una palabra, á todos los que de un modo ó de otro pretende levantar el velo que cubre el porvenir.

No queriendo ni quitar toda esperanza á estos hombres que los colmaban de regalos ni arrullarlos con promesas que los sucesos vendrían bien pronto á desmentir, estos adeptos de las ciencias ocultas habían encontrado un término medio, diciendo que se hundiría el trono de los Omeyas, pero que un vástago de esta ilustre familia lo restablecería en alguna parte. Maslama parece haber estado preocupado con la misma idea.

Creíase pues, Abderramen destinado á sentarse en un trono: pero en qué país debería reinar? El Oriente estaba perdido, y allí no había nada que esperar. Quedaba África y España, y cada uno de estos países procuraba asegurarse una dinastia fihirita.

En África, ó más bien, en la parte de esta

provincia, que estaba aun bajo la dominación arábiga, pues que el Oeste la había sacudido, reinaba un hombre que ya hemos encontrado en España, donde también había tratado, aunque sin conseguirlo, de declararse emir. Era el fihirita Abderramen ibn-Habib, pariente de Yusuf, el gobernador de España. No habiendo reconocido á los abasidas, pensaba ibn-Habib transmitir el África á sus hijos como principado independiente, y consultaba á adivinos, sobre el porvenir de su raza, con inquieta curiosidad. Algun tiempo ántes de la llegada á su córte del jóven Abderramen, un judío iniciado en los secretos de las ciencias ocultas por el príncipe Maslama, en cuya córte habia vivido, le había predicho que un descendiente de régia familia, que se llamaria Abderramen, y que tendria un rollo de cabellos á cada lado de la frente, seria el fundador de una dinastía que habia de reinar en el África. (1) Ibn-Habib le respondió, que el que se llamaba Abderramen, y que poseia el

(1) Los documentos nombran aqui á España, pero es sin duda un error, pues que era el África la que interesaba á Ibn-Habib. Probablemente el judío designaría el África, pero habiendo desmentido los sucesos su prediccion, se sustituiría el nombre de España al de África.

África no tendría más que dejarse crecer un rizo de cabello á cada lado de la frente para que la prediccion pudiera aplicársele. «Nó, le respondió el judío, no sois vos la persona designada, porque no descendiendo de familia real no teneis todas las condiciones exigidas.» Más adelante, cuando Ibn-Habib vió al jóven Abderramen, notó que este príncipe tenia los cabellos de la manera indicada, y habiendo hecho llamar al judío, le dijo: «Y bien, este es el que el destino llama á ser el dueño del África pues que tiene todas las condiciones requeridas.—No importa, no me quitará mi provincia, porque le haré asesinar.» El judío, sinceramente afecto á los Omeyas, sus antiguos señores, se estremeció con la idea de que su prediccion fuera causa del asesinato de un jóven por quien se interesaba sin embargo respondió sin perder su presencia de ánimo. «Confieso, señor, que este jóven tiene todas las cualidades exigidas. Pero puesto que creéis en lo que os hé predicho, es preciso una de dos cosas; que este Abderramen no sea la persona designada, y en este caso podreis matarlo, pero cometeréis un crimen inútil, ó bien el destinado á reinar en el África, y en este caso hagais lo

«que hagais no conseguiréis quitarle la vida, porque es preciso que su destino se cumpla.»

Comprendiendo la verdad de este razonamiento, Ibn-Habib no atentó por lo pronto á la vida de Abderramen, sin embargo desconfiando no solo de él, sino de todos los demás Omeyas que habian venido á refugiarse en sus estados, y en los que veia pretendientes que podrian llegarle á ser peligrosos algun dia, espiaba los pasos de todos con creciente ansiedad. Entre estos príncipes se hallaban dos hijos del Califa Walid II. Dignos hijos de un padre que solo vivió para el placer, que enviaba á sus cortesanos para que presidieran en su lugar las oraciones públicas, y que tirando el arco se servia del Coran á guisa de roble, llevaban alegre vida en el destierro, y una noche que bebían y platicaban juntos, exclamó uno de ellos: «¡Qué locura! Pues no se imagina ese Ibn-Habib que quedará de emir en este país, y que nosotros hijos de un Califa le «dejarémos reinar tranquilamente?» Ibn-Habib que escuchaba á la puerta oyó estas palabras. Resuelto á desembarazarse, pero secretamente de estos huéspedes peligrosos, se peraba para hacerlos perecer, una ocasion

favorable, á fin de que se atribuyese su muerte á un accidente ó á una venganza personal. No cambió, pues, de conducta respecto á ellos, y cuando venian á visitarlo les mostraba la misma benevolencia que ántes. Sin embargo, no calló á sus confidentes que había espiado á los hijos de Walid, y les había oido palabras indiscretas. Entre estos confidentes había un secreto partidario de los Omeyas, que aconsejó á los dos principes se sustrajeran con la fuga al resentimiento del gobernador. Asi lo hicieron al punto; pero informado Ibn-Habib de su precipitada fuga, cuya causa ignoraba, y temiendo no hubiese ido á sublevar alguna tribu árabe ó berbere, los hizo perseguir por jinetes que los alcanzaran y se los trajeran. Luego, juzgando que su huida, y los intentos que les habia escuchado eran pruebas suficientes de sus proyectos criminales, los hizo decapitar. (1) Desde entonces no pensó más que en desembarazarse igualmente de los demás Omeyas, que advertidos por sus partidarios se apresuraron á buscar un refugio entre las tribus berberes independientes.

---

(3) Ibn-Adhari t. I, pág. 49, 50.

Errante de tribu en tribu, de ciudad en ciudad, recorrió Abderramen el norte de África de punta á cabo. Por algun tiempo estuvo oculto en Barca; luego buscó un asilo en la córte de los Beni-Rostem, reyes de Tahort, más tarde fué á implorar la proteccion de la tribu berbere de Micnesa. Cinco años pasaron así y nada indica que durante este largo período Abderramen hubiera imaginado probar fortuna en España. Era en África la que codiciaba este pretendiente ambicioso, sin dinero y sin amigos; intrigando sin cesar, tratando á toda costa de ganarse partidarios, se vió arrojado de Micnesa y se allegó á la tribu berbere de Nafza, á la que pertenecía su madre, que moraba en los alrededores de Céuta. (1)

Convencido al fin de que allí no lograría sus propósitos, dirigió sus ojos al otro lado del mar. Tenía acerca de España algunas noticias por Salim uno de los dos libertos que habian corrido con él las vicisitudes de su vida errante. Salim habia estado en España en tiempo de Muza, ó poco despues, y en las circunstancias presentes hubiera

---

(1) Ved á Becri en las «Noticias y Extractos» t. XII p. 559.

podido prestar al príncipe servicios de suma utilidad, pero ya se había vuelto á la Siria. Cansado hacía ya mucho tiempo de la vida vagabunda que llevaba en compañía de un aventurero, estaba decidido á aprovechar para dejarla la primera ocasion oportuna, cuando Abderramen se la proporcionó. Una vez que estaba dormido y no oyó que lo llamaba su amo, éste le arrojó un vaso de agua en el rostro, y Selim le respondió colérico. «Puesto que me tratais como á un vil esclavo, os dejo para siempre. «No os debo nada porque no sois mi patrono; solo vuestra hermana tiene derechos sobre mí y con ella me vuelvo.»

Quedábale el otro liberto, el fiel Badr. Á este fué á quien Abderramen encargó pasar á España, á fin de concertarse con los clientes Omeyas, que en número de cuatrocientos ó quinientos, formaban parte de las dos divisiones de Damasco, y Kisnerina, establecidas en los territorios de Elvira y de Jaen. Badr debía entregarles una carta de su patrono, en la que este les decia, como hacia cinco años que recorría fugitivo el África á fin de escapar á las persecuciones de Ibn-Habib, que atentaba á la vida de todos los miembros de la familia de los Ome-

yas. «En medio de vosotros, clientes de mi familia, proseguia el príncipe, es donde quiero ir á vivir, porque estoy convencido que seréis para mí amigos fieles. Mas ¡ay! no me atrevo á ir á España; el emir de ese pais me tendería asechanzas como el de África, me condenaría como un enemigo, como un pretendiente. Y en verdad, no tengo derecho de pretender el emirato y que soy nieto del Califa Hixem. Pues bien, pues que yo no puedo ir á España como simple particular, iré como pretendiente; —«Nó iré sino despues de haber recibido de vosotros la seguridad de que hay para mí en ese pais algunas probabilidades de éxito, de que vosotros me apoyareis y considerareis mi causa como vuestra.» Terminaba prometiendo dar á sus clientes los puestos más importantes, si querian secundarlo. (a)

Llegado á España, entregó Badr esta carta á Obaidallch y á Ibn-Khahb los jefes de los clientes de la division de Damasco. Enterados de su contenido señalaron entrambos jeques el dia en que habian de deliberar sobre el asunto, con los otros clientes, y rogaron á Yusuf ibn-Bokht, jeque de los clientes Omeyas, de la division de Kisneri-

na que asistiera á la reunion. En el dia señalado consultaron á sus contributos sobre el partido que deberían adoptar. Algo difícil pareció la empresa, pero pronto se pusieron de acuerdo en que era preciso intentarla. Tomando esta decision, cumplian los clientes un verdadero deber, bajo el punto de vista arábigo, porque la clientela impone un lazo indisoluble y sagrado, un parentesco de convencion, y los descendientes de un liberto están obligados á secundar en todas circunstancias á los herederos del que ha dado la libertad al fundador de su familia. Pero además, esta division era tambien dictada por su propio interés. El régimen de las dinastías árabes era el de una familia: los parientes y clientes del príncipe, ocupaban casi esclusivamente las altas dignidades del Estado. Trabajando por la fortuna de Abderramen, sus clientes trabajaban tambien por su propia grandeza. Pero la dificultad era ponerse de acuerdo acerca de los medios de ejecucion que se convino consultar á Samail, (sitiado entónces en Zaragoza) ántes de emprender cosa alguna. Creíasele irritado contra Yusuf, porque no iba á socorrerle, se le suponía con un resto de afecto hácia los Omeyas, antiguos bien-

hechores de su familia, y en todo caso se creía poder contar con su discrecion, pues se le tenía por demasiado caballero para hacer traicion á una confianza que se le hiciera bajo palabra de guardar secreto. Fué pues, principalmente para conferenciar con él, para lo que una treintena de Omeyas, acompañados por Badr se reunieron á los caisitas que iban en socorro de Samail.

Se ha visto ya que la expedicion de los caisitas fué coronada de completo éxito; podemos, pues volver á tomar el hilo de nuestra narracion, que habíamos interrumpido en el momento en que los clientes Omeyas pedian á Samail una conferencia reservada.

Habiéndosela concedido, comenzaron por suplicarle reservara las importantes noticias que le iban á comunicar, y cuando lo hubo prometido Obaidallah, le contó la venida de Badr, y le leyó la carta de Abderamen, añadiendo luego en tono humilde y sumiso:

—«Ordenadnos lo que os parezca; lo que «aprobeis eso harémos, lo que desaproveis, eso dejaremos de hacer.» Muy pensativo les respondió Samail: «el asunto es «grave; no me exijais una respuesta inmediata; reflexionaré sobre lo que me acabais

«de decir, y os comunicaré mi opinion más adelante.»

Habiendo sido introducido Badr, á su vez Samail, sin prometerle nada, le hizo regalos, como á los demás que habian venido á socorrerle. Despues salió para Córdoba. En ella encontró á Yusuf ocupado en reunir tropas destinadas á castigar los rebeldes de Zaragoza.

En el mes Mayo de 755 Yusuf en víspera de ponerse en camino hizo venir á lo dos jefes de los clientes Omeyas, á quienes consideraba como clientes suyos desde que sus patronos habian perdido la corona (1) y cuando llegaron, les dijo:

—Id á vuestros clientes y decidles que vengan á acompañarnos.

—Es imposible señor, le contestó Obaidallah. Á consecuencia de tantos años de hambre los desgraciados no tienen fuerzas para marchar. Todos los que podian hacerlo han ido á socorrer á Samail, y este largo viage, durante el invierno les ha fatigado mucho.

—Hé aqui con qué restablecer sus fuerzas, replicó Yusuf: envidles estas mil monedas

---

(1) Ibn-al Coutia, fól. 9 v.

de oro, y que las empleen en comprar trigo.

—Mil monedas de oro para quinientos guerreros inscritos en el registro? Es muy poco, sobre todo, estando tan caras las cosas.

—Haced lo que queráis; pero no os doy más.

—Pues bien, guardaos vuestro dinero; no os acompañaremos.

Sin embargo, cuando dejaron al emir volvieron sobre sí. «Sería mejor, se dijeron, que aceptásemos ese dinero, que podrá servirnos. ¡Bah! sin decir que nuestros contributos no acompañarán á Yusuf, se quedarán en sus casas á fin de estar preparados á todo evento, pero nosotros encontraremos algún pretesto para explicar su falta en el ejército: aceptemos de todos modos el dinero que Yusuf nos ofrece: daremos una parte á nuestros contributos, que gracias á ella podrán comprar trigo, y emplearemos lo demás en facilitar la ejecución de nuestro proyecto.» Volvieron, pues, á ver al gobernador, y le digeron que aceptaban las mil monedas de oro que le había ofrecido. Cuando las hubieron recibido, volvieron al distrito de Elvira, cerca de sus contributos dieron á cada uno de ellos diez mone-

das de plata de parte de Yusuf, diciendo que esta pequeña suma era para que comprasen trigo. Lo que no les digeron, era que Yusuf les habia dado mucho más, que quería que los clientes lo acompañaran, y que las mil monedas de oro eran sus soldadas. La moneda de oro equivalía á veinte de plata; se quedaron, pues, los dos jefes con cerca de las tres cuartas partes de lo que Yusuf les habia enviado. (II)

Entretanto Yusuf habia salido de Córdoba con algunas tropas, y tomando el camino de Toledo, estableció su campo en el distrito de Jaen, en el sitio que llevaba entonces el nombre de «Vado del Frath,» al norte de Mengibar, por donde se pasaba el Guadalquivir cuando se querian atravesar los desfiladeros de Sierra-Morena, y donde se halla ahora un vado, que por los sucesos que precedieron á la batalla de Bailen en 1808, ha adquirido una celebridad europea. Yusuf esperaba allí las tropas, que de todas partes se le reunian, y las distribuia sus sueldos, cuando los dos jefes de los clientes Omeyas, sabiendo que teniendo que marchar contra los rebeldes de Zaragoza, no se detendría mucho tiempo en «Vado del Frath, se presentaron á él. «Y bien, les dijo

«Yusuf, por qué no vienen nuestros clientes?—Tranquilizaos, emir, y que Dios os bendiga, le respondió Obaidallah: vuestros clientes no se parecen á ciertas personas que vos y yo conocemos. Por nada del mundo dejarían que combatiérais á vuestros enemigos sin ellos. Es lo que ellos me decían el otro día, pero al mismo tiempo me encargaron que os pidiese alguna demora. La recolección de primavera, como sabéis, promete ser abundante, y ellos querrían antes todo hacer la siega; pero piensan reunirse con vos en Toledo.» No teniendo ninguna razón para sospechar que Obaidallah lo engañaba Yusuf creyó en sus palabras y dijo: «Pues bien, volved con vuestros contrabutos y haced que se pongan en camino lo más pronto posible.»

Poco después Yusuf continuó su marcha; Obaidallah y su compañero le acompañaron una parte del camino, y después se despidieron prometiéndole juntársele en seguida con los demás clientes, y se volvieron hácia el vado del Frath.

En el viaje encontraron á Samail y á su guardia. Después de haber pasado la noche en una de sus habituales orgías, el jefe caisita dormía aun cuando Yusuf se puso en

camino, de manera que no salió sino mucho mas tarde. Viendo llegar á los doscientos, les dijo sorprendido: «¿Qué os volveis? ¿Es para traerme alguna noticia?—No señor, le respondieron ellos; Yusuf nos ha permitido partir, comprometiéndonos á unirnos á él en Toledo, con los demás clientes; pero si quereis os acompañaremos un trozo de camino.—Mucho me alegraré de gozar de vuestra compañía.» Y despues que hubieron conversado algun tiempo de cosas indiferentes, Obaidallah se aproximó á Samail y le dijo al oido, que quería hablarle en secreto. Á una señal del jefe, sus compañeros se retiraron á cierta distancia, y Obaidallah continuó: «Se trata del negocio del hijo de Moawia; sobre que os consultamos. Su mensajero está aquí todavía.—No he olvidado ese asunto, replicó Samail, por el contrario, lo he pensado maduramente, y como os prometí; no he hablado de él ni aun á mis amigos más íntimos.—Hé aquí mi respuesta: creo que la persona en cuestion merece reinar y ser apoyado por mí. Podeis escribirselo y quiera Alláh prestarnos su ayuda! En cuanto al viejo pelado (asi era como llamaba á Yusuf), es preciso que me deje hacer lo que pienso. Le diré que debe ca-

«sar á su hija Omm-Muza, que ahora está «viuda, (6) con Abderramen, y resignarse «á no ser emir de España. Si hace lo que le «diga, se lo agradeceremos, si nó le rompre- «remos la calva con nuestras espadas y no «le harémos más de lo que merece.»

Locos de alegría con tan favorable res- puesta, le besaron agradecidos la mano los dos jefes caisitas, y despues de darles las gracias por la ayuda, que permitía á su pa- trono, lo dejaron para volver al vado de Frath.

Evidentemente Samail que no había te- nido tiempo de dormir su mona, se había levantado aquella mañana de muy mal hu- mor contra Yusuf; pero todo lo que había dicho á los clientes provenía de un primer arrebató falto de reflexion. El hecho es, que con su habitual indolencia no había pensado sériamente en el asunto de Abder- ramen sino én que lo había olvidado com- pletamente. Solo despues de haber dado á los clientes tantas esperanzas fué cuando comenzó á considerar el pró y la contra, y entónces una única preocupacion se apode-

---

(2) Había estado casada con Catan, hijo de aquel Abdelmelic, el Fihrita que había sido gober- nador de España.

ró de su ánimo: «¿Qué será de la libertad de «las tribus árabes si un príncipe Omeya reina en España? Establecido el poder monárquico, qué quedará del poder de nosotros los jefes de tribus? No por quejas que «tenga contra Yusuf, es menester que las «cosas queden como están:» y llamando á «uno de sus esclavos, le mandó ir á rienda «suelta á decir á los clientes que lo esperaran.

Llevaban ya estos una legua de camino, conversando sobre las halagüeñas promesas que les había hecho Samail, y teniendo por seguro el éxito del pretendiente, cuando Obaidallah sintió que lo llamaban por detrás y deteniéndose, vió un ginete. Era el esclavo de Samail, que le dijo: «Esperad á mi amo que vá á venir y tiene que hablaros.» Atónitos con este mensaje, y de que Samail viniera á buscarles, en lugar de mandarlos á llamar, temieron por un instante que quisiera prenderlos, y entregados á Yusuf sin embargo, volvieron piés atrás, y no tardaron en divisar á Samail montado sobre Estrella, su yegua blanca, que marchaba á galope tendido. Viendo que venía sin soldados recobraron el ánimo, y Samail acercándose á ellos les dijo: «Desde que me trágis-

«teis la carta del hijo de Moawia, y me hiciste conocer á su mensajero, hé pensado mucho en este asunto.» (Diciendo esto mentía Samail, ó le engañaba la memoria; pero no podía confesar que apenas se había ocupado de este asunto, y era muy árabe para que le costara mucho una mentira.) «Aprobé vuestro designio, como os decía ahora mismo; pero despues que me dejásteis, hé reflexionado de nuevo, y ahora soy de parecer que vuestro Abderramén pertenece á una familia tan poderosa que» (aquí Samail usó una frase muy enérgica seguramente, pero que la decencia nos impide traducir.) «En cuanto al otro, es en el fondo un buen muchacho y se deja guiar por nosotros, salvo raras escepciones, con gran docilidad. Además le debemos grandes obligaciones y no estaría bien que le abandonásemos. Reflexionad bien lo que vais á hacer, y si de vuelta en vuestras casas persistís en vuestros proyectos, creo que no tardareis en volver á verme, pero no como amigo. Tenedlo sabido, pues os juro que la primera espada que salga de la vaina para combatir á vuestro pretendiente, será la mia. Y ahora id en paz, y que Alláh os envíe, así como á vuestro patrono prú-

«dentes inspiraciones.»

Consternados con estas palabras que frustraban de un golpe todas sus esperanzas, y temiendo irritar á este hombre colérico, los clientes le respondieron humildemente: «Dios «os bendiga, señor! Nunca nuestra opinion «diferirá de la vuestra.—En buen hora, di- «jo Samail, ablandado y conmovido por es- «tas palabras respetuosas; pero como ami- «go os aconsejo que no intenteis nada para «cambiar el estado político del pais. Todo lo «que podeis hacer es tratar de asegurar á «vuestro patrono una posicion honrosa, en «España, y si él promete no aspirar al emi- «rato, yo me atrevo á aseguraros que Yu- «suf lo acojerá con benevolencia, le dará «su hija por esposa, y con ella una fortuna «conveniente. Adios y buen viaje!» Dicho esto, hizo dar una media vuelta á Estrella y apretándole las espuelas la hizo tomar un trote decidido.

No teniendo nada que esperar de Samail ni en general de los maáditas, que no obraban de ordinario sino por las inspiraciones de este jefe, no quedaba á los clientes mas partido que echarse en brazos de la otra nacion de los yemenitas, excitándolos á vengarse de los maáditas.—Queriendo alcanzar

sus designios á toda costa, resolvieron hacerlo de seguida, y mientras volvian á sus casas, se dirigieron á todos los jefes yemenitas con quienes creian poder contar, invitándoles á tomar las armas por Abderramen. Obtuvieron un éxito que escedió á sus esperanzas. Los yemenitas á quienes la ira desgarraba las entrañas, pensando en la derrota de Secunda, y viéndose condenados á sufrir el yugo de los maáditas, estaban prontos á levantarse á la primera señal y á formar bajo la bandera de cualquier pretendiente, fuera el que fuera, con tal de tener ocasion de vengarse y degollar á sus enemigos.

Asegurados del apoyo de los yemenitas, y viendo á Yusuf y Samail ocupados en el norte, los clientes Omeyas juzgaron llegado el momento favorable para la venida de su patrono. Compraron, pues, un barco y entregaron á Tamorram, que con once más habian de tripularlo, quinientas monedas de oro, de las cuales debería dar al príncipe una parte, y servirse de la otra para contentar la avaricia de los berberes á quienes conocian lo bastante para creer que no dejarían partir á su huésped sin rescate. Este dinero era el que Yusuf había

dado á los clientes para que lo acompañasen en su campaña contra los rebeldes de Zaragoza; léjos, estaba de suponer cuando lo dió que había de servir para traer á España un príncipe que le disputara el emirato.

(a) Rod. de T. Historia Arabum L. C. Nótese la exactitud con que en su brevedad refiere estos sucesos la Crónica de D. Rodrigo, á diferencia de como se encuentra en Conde, que la tomó de historiadores árabes, posteriores, y digase luego si es posible pensar que el ilustre Arzobispo desconoció las fuentes musulmanas. (N. del T.)



P. C. Monumental de la Alcazara y General  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

---

## XIV. (1)

Meses hacía, que Abderramen que se había separado de los Nafzas para irse al país de los Moghilas, en las costas del Mediterráneo, arrastraba triste y monótona su existencia, esperando con creciente ansiedad la vuelta de Badr, de quien no había recibido noticia alguna. Su suerte iba á decidirse: si sus grandes proyectos se frustraban, todas sus ilusiones de gloria y de fortuna se disiparian como el humo, y se vería reducido á llevar de nuevo la vida de proscripto y de vagamundo, ó á ocultarse en algun ignorado rincón del África, mientras que si triun-

---

(1) Ved Akhbar madjmua fól. 80 r.-83 r.

faba en su audáz empresa, España le ofrecería seguro asilo, riquezas y todos los goces del poder.

Columpiado así entre el temor y la esperanza, Abderramen, naturalmente poco devoto, pero fiel observador de las consecuencias, cumplía una tarde con la oración ordenada por la ley, cuando vió aproximarse un bajel á la costa, y á uno de los que lo tripulaban tirarse al mar y nadar hácia la playa. Conoció á este hombre, era el fiel Badr, que impaciente por volver á ver á su señor, no había querido esperar á que se echara el ancla. «Buenas nuevas!» le dijo en cuanto lo vió, y le refirió en breve lo que había pasado, nombró los jeques con quienes podía contar Abderramen y las personas que se hallaban en el bajel destinado á conducirlo á España, «No os faltará tampoco dinero, añadió: os traemos quinientas monedas de oro.» Loco de alegría salió Abderramen al encuentro de sus partidarios. El primero que se presentó fué Abu-Ghalib Tamman. Abderramen le preguntó su nombre y su prenombre, y cuando los hubo oído sacó de ellos un presagio feliz. No podía haber en efecto nombres más propios para inspirar grandes esperanzas á quien

creyera en presagios, y Abderramen creía mucho en ellos, porque Tamman significaba «cumplimiento» y Ghalib «victorioso.» Cumplirémos nuestro designio, exclamó el príncipe, y obtendremos la victoria!»

Apenas se dieron á conocer, cuando se resolvió marchar sin demora. Hacía el príncipe sus preparativos, cuando los berberes corrieron en tumulto, amenazando oponerse á la partida, á menos que no se les hicieran regalos. Habiendo sido prevista esta circunstancia, Tamman los gratificó á cada uno, segun el rango que ocupaba en su tribu. Hecho esto, ya se levaba el ancla, cuando un berber que había sido olvidado en la distribucion, se lanzó á la mar y aferrándose á una cuerda del barco, comenzó á gritar que él quería tambien recibir alguna cosa. Cansado de la desvergüenza de estos mendigos, uno de los clientes sacó su espada y cortó la mano al berber, que cayó en el agua, y se ahogó.

Libre de los berberiscos se empavesó el buque en honor de Abderramen, y poco despues fondeó en el puerto de Almuñecar. Érase el mes de Setiembre de 755.

Imagínese fácilmente la alegría que experimentó Abderramen cuando puso el pié en

el suelo de España, y la de Obaidallah y de Ibn-Khalid, cuando abrazaron á su patrono cuya llegada habian esperado en Almuñecar. (III) Despues de haber pasado algunos dias en Abu-Fontin, pueblo de Ibn-Khalid, situado cerca de Loja entre Archidona y Elvira, (1) fué á establecerse el príncipe en el castillo de Torrox, que pertenece á Obaidallah, y que estaba algo más al Oeste, entre Iznajar y Loja. (2)

En este entretanto, Yusuf que habia llegado á Toledo, comenzaba á inquietarse por la prolongada ausencia de los clientes Omeyas. Por esperarlos difería su partida de dia en dia. Samail que sospechaba la verdadera causa de su ausencia, pero que fiel á su palabra guardaba secreto sobre sus designios, se impacientaba por la larga detencion del ejército. Quería concluir lo más pronto posible con los rebeldes de Zarago-

---

(1) La posicion del pueblo de Al-Fontin, que al fin del siglo nono pertenecía aun á los descendientes de Ibn-Khalid, está indicada por Ibn-Haiyan fól. 76 v. 83 v.

(2) Sé muy bien que hay hoy un Torrox al Oeste de Almuñecar, á la orilla del Mediterráneo, pero la posicion de la propiedad de que se trata en el texto, está señalada claramente por Ibn-Haiyan, fólío 83 v.

za, y un día que Yusuf se quejaba de nuevo de que los clientes tardaran tanto en venir, Samail le dijo desdeñosamente: «Un jeque «como vos no debe detenerse tanto tiempo por esperar á unos «nadie» como esos. «Temo que se nos escape la ocasion de encontrar á nuestros enemigos inferiores en «número y en recursos, si permanecemos «aquí más.» Para el débil Yusuf, tales palabras, viniendo de Samail eran una orden. Pusiéronse pues, las tropas en marcha. Cuando estuvieron frente al enemigo, no tuvieron necesidad de combatir, porque luego que conocieron los rebeldes que tenían que habérselas con un ejército muy inferior en número, entraron en negociaciones. Yusuf les prometió la amnistía á condicion de que le entregaran sus tres jefes coreiscitas Amir, su hijo Wahb y Hobab. (a) Los insurrectos, la mayor parte yemenitas, dudaron tanto menos en aceptar esta condicion cuanto que suponían que Yusuf se había de mostrar clemente, con individuos que eran, casi contributos suyos. Entregáronle, pues los jefes, y Yusuf convocó á los capitanes de su ejército, á fin de que sentenciaran á estos prisioneros, que entretanto había hecho cargar de cadenas.

Samail que habia tomado á los coreicitas uno de esos ódios que para él no concluian sino con la vida de aquel que habia tenido la desgracia de escitarlo, insistió vivamente en que se le cortara la cabeza. Ningun otro caisita participaba de su opinion, todos juzgaban que no tenian derecho de condenar á muerte á hombres, que como ellos pertenecian á la tribu de Maád, y temian además atraerse el ódio de la poderosa tribu de Coreihc, y de sus numerosos aliados. Los dos jeques de la rama de los Cab, Ibn-Amir, Ibn-Xihel y Hosain, (b) sostenian esta opinion con más calor aun que los otros caisitas. Con la ira en el pecho, y dispuestos á vengarse pronto de los que habian osado contradecirlo, cedió Samail. Yusuf perdonó pues, la vida á los tres coreiscitas pero los retuvo prisioneros.

No tardó Samail en hallar la ocasion de vengarse de los dos jeques que en esta circunstancia le habian vencido, y que ántes, cuando estaba sitiado en Zaragoza rehusaron por mucho tiempo ir en su ayuda. Habiendo imitado los vascos de Pamplona el ejemplo que les habian dado los gallegos, emancipándose de la dominacion árabe, Samail propuso á Yusuf enviar una parte del ejército

contra ellos, y confiar el mando de estas tropas á Ibn-Xihel, y á Hozain. Hizo esta proposicion con el ánimo de alejar por el momento estos importunos contradictores, y con el secreto designio de que no volviesen de esta espedicion, á través de un pais difícil y herizado de ásperas montañas.

Cediendo Yusuf como de costumbre al ascendiente que egercía su amigo sobre él, hizo lo que este deseaba, y despues de haber designado á su mismo hijo Abderramen para el gobierno de la frontera, volvió á tomar el camino de Córdoba.

Había hecho alto en las riberas del Jarama (1) cuando un propio vino á traerles la noticia de que las tropas enviadas contra los vascos habian sido completamente derrotadas, Ibn-Xihel muerto, y que Hozain se habia retirado á Zaragoza con el corto número de guerreros que habian escapado del desastre.

Ninguna noticia podía ser más grata á Samail, y al amanecer de la mañana siguiente, dijo á Yusuf: «Todo vá á pedir de boca. «Alláh nos ha librado de Ibn-Xihel. Acabe-

---

(1) «Wadi-Charanba» en el «Akhbar majmua,» Ibn-al-Abbar (p. 52) nombra aquí el Wadi-ar-rámab (la ribera arenosa) es decir, el Guadarrama.

«mos ahora con los coreiscitas; hacedlos venir y mandad que se les corte la cabeza.» Á fuerza de repetirle á menudo que esta ejecucion era absolutamente necesaria, habia conseguido Samail ganar á su opinion al emir que tambien esta vez condescendió con su voluntad.

Los coreiscitas habian dejado de vivir. Á la hora acostumbrada, esto es, á las diez de la mañana (1) se trajo el desayuno, y Yusuf y Samail se pusieron á la mesa. El emir estaba triste y abatido: el triple asesinato que acababa de cometer le causaba remordimientos; reprochábase además el haber enviado á Ibn-Xihel y á tantos valientes guerreros á una muerte segura, conociendo que tanta sangre pedía venganza, un vago presentimiento le decia que su poder tocaba ya á su fin, y lleno de zozobra apenas comía. Samail, por el contrario, brutalmente alegre, mientras almorzaba con excelente apetito, hacia todo lo posible por confortar al débil emir, de que se servía para satisfacer sus rencores personales, á quien empeñaba en una via de atroces violencias. «De-sechad esas tristes ideas, le dijo: ¿En qué

---

(1) Ved á Burckardt, Beduinos p. 36.

«habeis delinquido? Si Ibn-Xhiel ha muerto  
«vos no teneis la culpa, ha perecido en un  
«combate, y en la guerra eso puede suceder  
«á cualquiera. Si han sido ejecutados los tres  
«coreiscitas, lo merecian, eran rebeldes y pe-  
«ligrosos antagonistas, y el ejemplo de seve-  
«ridad que habeis dado, servirá á los que quie-  
«ran imitarlos, para que lo piensen ántes. La  
«España es ya vuestra y de vuestros nietos,  
«habeis fundado una dinastía que durará  
«hasta la venida del Antecristo. ¿Quién se-  
«rá ahora bastante audáz para disputaros el  
«poder? (c)

Con tales razones procuraba Samail, pero en vano, disipar la tristeza que consumía á su amigo. Concluido el desayuno se levantó, volvió á su tienda, y se fué á dormir la siesta en el departamento destinado á sus dos hijas. Ya solo Yusuf se echó en el lecho más por costumbre, que porque tuviera necesidad de dormir, lo que no le permitian sus negros pensamientos. De pronto oyó gritar á los soldados: «Un correo! Un correo de Córdoba! É incorporándose: ¿Qué dicen por ahí? preguntó á los centinelas que estaban delante de su tienda: ¿Un correo de Córdoba?—Si, le respondieron, es un esclavo que viene montado en la mula de

«Omn-Othman.--Que entre al momento » dijo Yusuf que no comprendía porqué razón su esposa le enviaba un propio, pero que presumía que debía ser para algun asunto grave y apremiante.

Entró el correo y le entregó un billete concebido en estos terminos: «Un nieto del Califa Hixem ha llegado á España: se ha establecido en Torrox, en el castillo del infame Obaidallah ibn-Othman. Los clientes Omeyas se han declarado por él; vuestro lugarteniente en Elvira, que había salido para rechazarlo con las tropas que tiene á su disposicion, ha sido derrotado. Sus soldados han sido apaleados; pero ninguno muerto.

«Haced sin pérdida de tiempo lo que juzgueis más conveniente.» Cuando Yusuf leyó esta carta, mandó llamar á Samail. Yendo para su tienda había visto este llegar el correo, pero indolente como de costumbre, no prestó á ello gran atencion, y solo cuando el emir le hizo llamar á hora tan insólita, fué cuando se figuró si el emisario habría venido para algun negocio importante.

—¿Qué ha ocurrido, emir, dijo entrando en la tienda de Yusuf, que me haceis llamar

¿a la hora de la siesta? Supongo que nada malo!

—Sí! le respondió Yusuf, por Dios que es un acontecimiento gravísimo, y me temo que Dios quiera castigarnos de haber muerto á esos hombres.

—Lo que decis es una locura, le contestó Samail con menosprecio; creedme, esos hombres eran demasiado viles para que Dios se ocupara de ellos. Pero veamos qué ha sucedido?

—Acabo de recibir una carta de Omm-Othman, que Khalib vá á leeros.

Khalib, cliente y secretario del emir, leyó entónceñ el billete. Menos asombrado que Yusuf porque había podido preveerlo, Samail no perdió su sangre fria oyendo que Abderramen había llegado á España. «El asunto es grave, en efecto, dijo, pero hé aquí mi opinion: Marchemos al instante contra el pretendiente con los soldados que tenemos. Démosle la batalla, quizá lo matarémos: en todo caso sus fuerzas son ahora tan escasas que las dispersarémos fácilmente, y cuando haya experimentado una derrota, perderá probablemente la gana de repetir.—Me agrada vuestro parecer, replicó Yusuf; pongámonos en camino sin tardanza.»

Pronto supo todo el ejército que un nieto de Hixem estaba en España, y que marchaban á combatirlo. Esta noticia causó entre los soldados una emoción extraordinaria. Indignados ya por el infame complot urdido por sus jefes contra Ibn-Xhiel y de que habían sido víctimas gran número de sus contributos, indignados también por la ejecución de los coreiscitas, á despecho de la contraria opinión de los jeques caisitas, no estaban además dispuestos en manera alguna á hacer una campaña para la que no habían sido pagados. «Se nos quiere obligar decían á hacer dos campañas en lugar de una: no la harémos.» Ya caída la tarde, comenzó una deserción general: los contributos se llamaban unos á otros, y á bandadas dejaban el campo para volver á sus hogares. Apenas quedaron diez yemenitas en el campo: eran los porta-estandartes que no podían abandonar su puesto sin faltar al honor; pero no reprendieron á los desertores, ni hicieron nada para detenerlos. Quedaban también algunos caisitas, especialmente ligados á Samail, y algunos guerreros de otras tribus maáditas, pero no se podía contar con ellos, mucho más, porque fatigados con la marcha ardían en deseos de

volver á sus casas, y rogaron á Yusuf y Samail que los condujeran á Córdoba diciéndoles que emprender una campaña de invierno con tan escasas fuerzas en la Sierra de Regio, sería por temor de un peligro lanzarse en otro mayor: que la revolución se circunscribiría sin duda á algunos distritos de la costa, y que para atacar á Abderramen era preciso esperar al buen tiempo. Pero una vez que Samail resolvía un plan, se obstinaba de tal modo, que, aunque hubiera algo de verdad en lo que se le decía, persistió en su designio. Fueron, pues á la Sierra de Regio, pero con ayuda de la mala voluntad de los soldados, hubo de convencerse pronto el mismo Yusuf de que el plan de Samail era impracticable. El invierno había comenzado; las lluvias y los torrentes desbordados ponían intransitables los caminos. Apesar de la opción de Samail, Yusuf ordenó, pues, la vuelta á Córdoba, y contribuyó á hacerle tomar esta resolución, el que se le dijo que Abderramen no había venido á España para disputarle el emirato, sino solo para buscar asilo y medios de subsistencia. «Si le ofreceis una de vuestras hijas en matrimonio y algun dinero, vereis como no pretende nada más.»

Á consecuencia de esto, Yusuf ya en Córdoba, resolvió entablar negociaciones, y envió á Torrox tres de sus amigos. Eran estos Obaid, el jeque más poderoso de los caisitas, despues de Samail, y amigo de este Khalid, secretario de Yusuf é Isa, cliente omeya y pagador del ejército. Debían ofrecer al príncipe ricos vestidos, dos caballos, dos mulos, dos esclavos y mil monedas de oro.

Partieron, pues, con estos presentes, pero cuando hubieron llegado á Orx, en la frontera de la provincia de Regio, (d) Isa (e) que aunque cliente de la familia Omeya estaba sinceramente ligado á Yusuf, dijo á sus compañeros: «Me estraña mucho que hombres como Yusuf, Samail y vosotros puedan obrar con tal ligereza. Sois bastante simples para creer que si llegamos con estos presentes á Abderramen, y este rehusa aceptar las proposiciones de Yusuf, nos dejará volvernos con los regalos á Córdoba?» Esta observacion pareció tan justa y tan sensata á los otros dos, que resolvieron se quedase Isa en Orx con los presentes, hasta que Abderramen hubiera aceptado las condiciones del tratado.

En Torrox encontraron el pueblo y el castillo atestados de soldados, porque habían

acudido allí una turba de clientes Omeyas, de yemenitas, de la division de Damasco, de la del Jordan y de la de Kisnerina. Pedida y concedida que les fué una audiencia, los recibió el príncipe rodeado de su pequeña córte, en la que Obaidallah ocupaba el primer lugar, y espusieron el objeto de su comision, diciendo: que Yusuf, lleno de reconocimiento á los beneficios que su tatarabuelo el ilustre Ocha ibn-Nafi, había recibido de los Omeyas, no deseaba más que vivir en buena inteligencia con Abderramen, pero á condicion de que este no pretendiera el emirato, sino solo las tierras que el califa Hixem había poseido en España, que le ofrecía, pues, su hija con un dote considerable, que tambien le enviaba presentes que estaban aun en Orch, pero que no tardarian en llegar, y que si Abderramen quería ir á Córdoba, podía estar seguro de encontrar la más amistosa acogida.

Estas proposiciones agradaron bastante á los clientes. Su primer ardor se había resfriado un poco desde que habían podido apercibirse de que los yemenitas, aunque muy dispuestos á combatir á sus rivales, tenían una tibieza desesperante, en lo que toca al pretendiente, y bien considerado, to-

do se inclinaba á un acomodamiento con Yusuf. Respondieron, pues á los mensajeros: «Lo que proponéis es excelente. Yusuf «tiene completa razon al suponer que no es «para pretender el emirato, sino para reivindicar las tierras que le pertenecian por «derecho hereditario, para lo que nuestro «patrono ha venido á España;» en cuanto al príncipe, no participaba sin duda de esta manera de ver, y su ambicion no se contentaba con la posicion de rico propietario que se le quería dar, pero no teniendo aun el suelo muy seguro bajo de sus pies, y dependiendo enteramente de sus amigos, se mostraba para con ellos modesto y hasta muy humilde, no osando condenar lo que aprobaban, guardaba un prudente silencio. Un observador superficial hubiera dicho que su espíritu no había salido aun del estado de crisálida, ó por lo menos que el viejo Obaidallah le tenía en tutela.

«Hé aquí ahora la carta que Yusuf os envía, replicó Khalib, vereis como en ella confirma todo lo que os acabamos de decir.»

El príncipe tomó la carta, y habiéndosela dado á Obaidallah, le rogó que la leyese en voz alta. Esta carta, compuesta por Khalib, como secretario de Yusuf, estaba escrita con

una notable pureza de lenguaje, y en ella se habian vertido á manos llenas las flores de la retórica arábiga. Cuando Obaidallah hubo concluido su lectura, el príncipe siempre prudente, dejó á su amigo el cuidado de tomar una decision. «¿Quereis encargaros de contestar á esta carta, puesto que conoceis «mi manera de ver?» le dijo.

No podía caber duda sobre el sentido en que había de estar concebida la respuesta. Obaidallah aceptaría pura y simplemente las proposiciones de Yusuf, y el príncipe se había resignado ya al doloroso sacrificio de sus ambiciosos sueños, cuando una chanza inconveniente de Khalib vino á embrollar el asunto y á devolver al príncipe la esperanza.

Khalib no era árabe, pertenecía á la raza vencida, era español. Su padre y su madre eran esclavos y cristianos, pero á ejemplo de una multitud de sus compatriotas, su padre había abjurado el cristianismo; haciéndose musulman había recibido el nombre de Zaid y para recompensarle de su conversion, Yusuf su dueño lo había emancipado. Educado en el palacio de su patrono, el joven Khalib, á quien la naturaleza había dotado de una notable inteligencia, y de gran aptitud

para los trabajos de ingenio, estudió con ardor la literatura arábica, y acabó por conocerla, y escribir el árabe con tal pureza que Yusuf le nombró su secretario. Esto era un gran honor, porque los emires se preciaban de tener por secretarios á los hombres mas versados en el conocimiento de la lengua y de los antiguos poemas. Gracias á su posicion, Khalib adquirió bien pronto una gran influencia sobre el débil Yusuf, que no fiándose nunca de sus propias luces, necesitaba siempre ser guiado por la voluntad de otro, y cuando no estaba Samail era Khalib quien le dictaba sus resoluciones. Envidiado por los árabes, á causa de su influencia y de su talento, y menospreciado por ellos á causa de su origen, Khalib devolvía á estos rudos guerreros menosprecio por menosprecio, y cuando vió la torpeza con que el viejo Obaidallah, que sabía manejar mejor la espada que el «calam,» hacía sus preparativos para contestar, se indignó su vanidad de literato, de que el príncipe hubiera confiado tan noble taréa á espíritu tan inculto y poco familiarizado con las elegancias del lenguaje. Una burlona sonrisa apareció en sus lábios y dijo en tono desdeñoso: «Los sobacos te han de sudar Abu-Othman

«antes que contestes á una carta como esa!»

Viéndose zumbado de un modo tan grosero por un cualquiera, por un vil español, Obaidallah, cuyo génio era naturalmente violento, se enfureció de una manera espantosa. «Infame, exclamó, no me sudarán mucho los sobacos, porque no responderé á tu «carta.» Diciendo estas palabras tiró á Khalib con brutal ferocidad la carta á la cara, y le asestó en la cabeza un tremendo puñetazo. «Que cojan á ese miserable y que lo encadenen!» prosiguió dirigiéndose á sus soldados, que se apresuraron á ejecutar la órden, y luego dirigiéndose al príncipe le dijo: «Hé aquí el principio de la victoria. «toda la sabiduría de Yusuf reside en ese «hombre; sin él no es nada.»

El otro mensajero, Obaid, esperó á que la cólera de Obaidallah se hubiera calmado un poco, y luego dijo: «Abu-Othman, quereis «recordar que Khalib es un enviado y como «tal inviolable? — No señor, le respondió «Obaidallah; el enviado sois vos, así os dejaremos marchar en paz. En cuanto al otro «ha sido el agresor y merece ser castigado: «es el hijo de una mujer vil é impura: es un «ildje.» (6)

(1) La palabra «ildje» no significa solamente

Á consecuencia de la vanidad de Khalib y del temperamento irascible de Obaidallah quedó rota la negociacion, y Abderramen que veía cómo favorecía el acaso pensamientos que no había osado confesar, estaba muy léjos de quejarse de ello.

Cuando Obaid, en el que respetaba Obaidallah al jefe de una noble y poderosa familia árabe, hubo partido y Khalib arrojado en un calabozo, los clientes recordaron que los mensajeros habian hablado de regalos que estaban en Orx, y resolvieron apropiárselos: eran una presa hecha á Yusuf, con quien ya estaba la guerra declarada. Un centenar de ginetes salieron á rienda suelta hácia Orx, pero Isa advertido á tiempo, había partido apresuradamente llevando consigo todas las riquezas que los enviados debian ofrecer al príncipe omniada, y los ginetes tuvieron que volverse á Torrón sin haber conseguido su objeto; en adelante jamás perdonó del todo Abderramen á su cliente la conducta que tuvo en esta ocasion

---

«cristiano,» como se encuentra en nuestros diccionarios, sino tambien «renegado.» Vease Mármol, «Descripcion del África, t. II. fól. 17, col. 1. Hæst «Nachrichtan» páj. 147. Charant, pág. 48. Jakson, pág. 140.